

nes o, como él dice, «argumenta Scoti et sequacim». Lo cual significa, concluye Balic, que antes de que pudiera haberse divulgado el «Necdum», se había ya dividido el campo en opuestas sentencias, cada una de las cuales militaba bajo el nombre del Angélico y de Escoto, respectivamente (págs. 91-92).

Creemos haber tocado los puntos esenciales para que nuestros lectores se den cuenta de las cuestiones debatidas, del modo de llevar la discusión y del resultado final.

En cuanto al modo, un tanto frecuente entre los cultivadores de las ciencias sagradas, como indicamos al principio, si nos permitimos lamentar la espontaneidad excesiva en que, tal vez, caen con más frecuencia las almas segregadas del mundo, acaso porque, huyendo de las hipocresías y dobleces, llegan a olvidar también las formas suaves y el propio dominio. Si es cierto el adagio castellano «el estilo es el hombre», confesaremos que nos hallamos entre dos figuras distintas. El del P. Roschini, aunque apelando repetidas veces a la caridad (págs. 7 y 74), es, a veces, algo hiriente, como cuando ironiza (pág. 14, nota 23) o quiere tachar a Balic de traductor infiel (pág. 10, nota 15 y pág. 34, nota 73); son pequeños alfilerazos que creemos se le escapan naturalmente y sin mala voluntad. Al P. Balic nos lo figuramos, a veces, como aguantando o sobreponiéndose a esos pinchazos; pero, al fin, no sintiendo en sí la vocación al martirio de San Casiano, hácese unos formidables guantes con códices y pergaminos y, a mazazo limpio, se sacude al contrincante, a quien propina piropos como estos: «prorsus captiosa atque arbitraria est assertio conclusiva P. Roschini» (pág. 97); «Non est verum... Est omnino falsum. . Est falsum...» (pág. 124); «Haec arbitraria et erronea interpretatio...» (pág. 134).

En cuanto al éxito de la contienda, únicamente los especialistas podrán definirlo; lean ambas monografías y juzguen por sí mismos.

N. GARCÍA GARCÉS, C. M. F.

STAEHLIN, Wilhem, **Katholisierende Neigungen in der Evangelischen Kirche**. Schwabenverlag. Stuttgart, 1952. 59 págs., 19×12 cm.

Lo que fué originariamente una conferencia, pronunciada en abril de 1946, después publicada para círculos protestantes evangélicos en el mismo año de 1946, ha obtenido mayor difusión en tres ediciones posteriores (1953<sup>3</sup>).

El autor, teólogo de la Iglesia evangélica, a quien, con ocasión de sus setenta años de edad, se dedicaron hace poco (1953) una serie de trabajos en su honor («*Kosmos und Ekkllesia*»), quiso responder con él presente estudio a las voces salidas del campo «evangélico», que tildaban de tendencias «catolizantes» las que fomentaban Staehlin y otros.

En la primera parte de su conferencia el autor, como hablando *ad hominem* con buen número de protestantes evangélicos, les reprocha lo que él llama *tendencias catolizantes* de esos modernos protestantes. Es, a saber, primero, la

de quienes ponen a jefes políticos o a principios culturales por piedras fundamentales de la religión; porque—dicen—entonces la honra que se debe a sólo Dios se tributa a un hombre o a lo quebradizo. Otra tendencia *catolizante* que descubre en el moderno protestantismo es la de quienes asientan el principio de hacer algo social, algo de obras, algo de honradez y decencia según su estado, en vez de proclamar el principio de la justificación en la fe y por la confianza en Jesucristo. Las buenas obras tendrán que venir como frutos del árbol de la fe. La tercera tendencia *catolizante* que encuentra en muchos evangélicos, es la sobrestima de las tradiciones particulares y de los hechos históricos del protestantismo, por encima de la «tradición» y de la Sagrada Escritura. Esto sería preferir lo humano sobre lo divino.

Respecto de estas tendencias llamadas *catolizantes*, para nosotros los católicos es chocante el concepto de catolicismo que late bajo esta nomenclatura. Choca que se designe como «católico» el atribuir a un hombre un honor debido a sólo Dios; porque con ello parece que implícitamente se afirma que en la Iglesia católica se da ese honor y dignidad divina a los hombres. En realidad, si en ella se honra particularmente a los hombres, es en tanto en cuanto se prueba el origen divino de su autoridad y la voluntad divina de servirse de estos instrumentos humanos para fines divinos. También, respecto de la segunda tendencia *catolizante*, fácilmente dirán los católicos que nosotros creemos que la bondad divina y meritoria de vida eterna, que puedan tener nuestras buenas obras, viene de la gracia divina. Y, por último, sorprende también que se llame *catolizante* la tercera tendencia mencionada. Porque los católicos aceptamos la Escritura, y nada creemos que sea contra la Escritura, y queremos dejarnos llevar de esta «ley de origen». Únicamente, que creemos que hay también otras verdades de fe que no están en la Escritura—escrita ocasionalmente por los autores de los libros sagrados y no sistemáticamente como enseñanza total.

El autor, como consciente de estas dificultades que en nosotros ha suscitado la nomenclatura de *catolizante*, él mismo se pregunta (pág. 22-25) si el nombre de *catolizante* está usado con propiedad para designar estas tendencias evangélicas que juzga equivocadas.

Pasando a la segunda parte de su trabajo, W. Staehlin se lamenta de la pérdida de muchos principios religiosos en el moderno protestantismo, y que se tilde de «católico» y «catolizante» el adherirse a lo que estaba vigente en la reforma de Lutero y en la confesión de Amsburgo. Porque hay quienes llaman «católico» el apoyarse en la «profesión de fe» y en la doctrina de la iglesia evangélica, contra el capricho liberal y la anarquía de las opiniones (pág. 29). A la actual libertad de opiniones del protestantismo la llama Staehlin «síntomas de enfermedad» y no «características esenciales». Ataca también al minimismo de creencias de quien se contenta con una fe en Dios, Padre providente; y deja lo restante del Credo. «Este—dice—se podrá tener hoy por un buen «protestante»; pero no es ningún cristiano en el sentido de la Reforma» (pág. 33). Entre estos protestantes se mira como «católico» todo lo que pueda parecer «misa» o predicación en «talar» negro, o el uso de paramentos blancos o de

color si la ceremonia se refiere al Santísimo Sacramento, y sobre todo la «confesión»; aunque todo esto sea muy antiguo en la Iglesia luterana. Hay en las palabras del autor añoranzas de cosas que se fueron: la confesión privada, los confesionarios (pág. 41); si bien se reconoce que «una evolución que ha durado siglos, aunque haya sido una falsa y defectuosa evolución, no se puede volver a enderezar en pocos años» (pág. 41). Le parece «totalmente insoportable que se tenga por protestante aquel capricho que entrega la forma del culto al parecer de cada párroco y al gusto de cada comunidad» (pág. 42). Por causa de aquellos que en el culto reclaman la «libertad evangélica», le parece ver «síntomas de enfermedad» en la Iglesia luterana; y protesta de que al deseo de un reglamento mínimo, a la «voluntad de curación», se la tenga por *tendencia catolizante* (página 43). Las ansias de renovación litúrgica—dice—no son tendencia catolizante. Se lamenta, asimismo, el teólogo evangélico de la «secularización» de la Iglesia evangélica (pág. 47), secularización que reconoce estar en conexión con la manera protestante de considerar el cristianismo como cosa meramente individual. El temor de una disciplina «católica» hace que se tenga falta de disciplina en la Iglesia evangélica (pág. 49).

El autor del presente estudio declara abiertamente ser de los que se esfuerzan en anteponer la unidad de la Iglesia al mantenimiento de una confesión (página 50), y cree que en ello no es infiel a la Reforma. Dice que se ha de rechazar como tentación todo compromiso de unidad, con pretexto de amor, pero a costa de la verdad (pág. 51). Afirma que en su sentido etimológico no son opuestos «católico», «evangélico», «protestante» (*protestari veram fidem*), que muchos toman por «contrastantes» (págs. 52-54). Y no sin razón sostiene que el acostumbrarse a ver al adversario desde un punto de vista de defensa, acostumbra a hacer una caricatura del adversario (pág. 54). Se alegra que los católicos en círculos cada vez más amplios lean la Biblia y pongan a Cristo en el centro de su piedad y que la Teología considere sus misterios (págs. 54, 55), y reconoce que la Iglesia católica de hoy no es la que excitó la ira de Lutero (pág. 55). Quiere que no se mire como «tendencia catolizante» el ocuparse seriamente de la Teología católica y el apuntar que fácilmente la doctrina de las diferencias levanta polémica y es causa de que se combata una grotesca caricatura de la Teología católica.

Hemos creído conveniente señalar con alguna detención el contenido de este libro, que da idea de una mentalidad actual dentro del campo conservador del protestantismo luterano. No podemos ocultar que hemos leído con gusto algunas de sus afirmaciones, que se refieren al deseo de unidad entre los cristianos.

Si se nos permite decir todo nuestro pensamiento, sin ánimo de ofender: en ocasiones durante la lectura no acabábamos de ver la lógica con que se quieren rechazar las opiniones liberales de hoy y las enciclopedistas de la *Aufklärung*, para volver a la doctrina pura de la reforma, es decir a la doctrina de Lutero (pág. 30), si al mismo tiempo se rechaza el principio de una autoridad doctrinal en la Iglesia. No se ve por qué ha de ser de más autoridad lo fijado en una asamblea nacional o regional (confesión de Ausburgo), que lo

establecido por un concilio ecuménico (Luterano). ¿Con qué lógica quiere combatirse lo que al juicio protestante privado le parece una «sobrestimación legislativa de la forma» y «falseamiento del objeto» (pág. 45), estableciendo por su parte normas y leyes que, miradas en su origen, no son más venerables ni de más autoridad que las que ha dado la Iglesia católica?

Ese volver a la herencia de los padres (la del protestantismo) de que el autor habla no rara vez (v. gr., pág. 44), ¿no sería volver a una herencia más rica, más antigua, más puesta en razón, si fuera volver a la herencia de San Bonifacio y de tantos y tantos santos y hombres ilustres que han engrandecido las tierras de Alemania?

Nosotros creemos que si los reformadores no lograron renovar la cristiandad y purificarla a base del Evangelio, fué por separarse del principio de unidad y autoridad. Estaban condenados al fracaso y a la interna división y descomposición. Puede ser que las personas que entonces detentaban la autoridad fueran asaz imperfectas y, si se quiere, indignas... Puede ser que no faltaran abusos en muchos eclesiásticos, y aun en costumbres arraigadas... Pero ¿es justo desterrar un abuso con otro abuso, sacudiendo la obediencia, querida por Dios en toda sociedad, y establecida concretamente por Cristo en los mandatarios de su palabra y de su poder?

Para terminar, recordaremos, entre las frases que hemos leído con gusto en el presente libro, la siguiente: que «la fe en la unidad de la Iglesia y el padecimiento que causa el verla desgarrada, nos empuja a la penitencia» (página 51) y a la oración.

MIGUEL NICOLAU, S. I.

B. LLORCA, S. I.; R. GARCÍA VILLOSLADA, S. I.; P. DE LETURIA, S. I.; F. J. MONTALBÁN, S. I., **Historia de la Iglesia Católica**. T. IV, *Edad Moderna* (1648-1951).) *La Iglesia en su lucha y relación con el laicismo*, por el P. F. J. Montalbán. Madrid. Biblioteca de Autores Cristianos, 1951. XII+852 págs.

Aunque el autor de este IV tomo es el P. Montalbán, fallecido el 1945, se avisa en la portada y en la introducción que la obra fué revisada y completada por los Padres Llorca y García Villoslada, debiéndose a éste tres capítulos completos y la refundición de otros dos, y al P. Llorca la información bibliográfica y el capítulo consagrado a Pío XII.

Dos períodos, tradicionales ya, que separa el 1789, año de la revolución francesa, comprende el volumen, que se inicia con las tristes consecuencias para la Iglesia nacidas de la Paz de Westfalia, y termina con el 1951, fecha de la publicación del libro.

Nos place inmensamente—y no podemos menos de exteriorizar nuestra íntima satisfacción—que exista una relativamente amplia Historia eclesiástica, no traducida, sino escrita por autores españoles, y en la que los acontecimientos de la Iglesia en España o en Hispanoamérica no se limiten a puras anotaciones o ampliaciones del traductor. Es cierto que la bibliografía histórica española